

## OPINIÓN

## ¿Y el popolo judío deicida?

2ª parte  
y finalPOR ANDREA SALAMOVICH  
DE ROSENBERG

## UN CONTENIDO EXPLOSIVO

Desde la primera lectura, el Evangelio de Judas se revela con claridad como un documento gnóstico. El gnosticismo fue una filosofía oriental que alcanzó su mayor fuerza alrededor del siglo 2 y 3 de la era común, y que tomó prestados diversos elementos del judaísmo y del cristianismo. Los documentos más tardíos del Nuevo Testamento ya dejan entrever los primeros choques con el gnosticismo, pero es no es sino hasta el siglo dos cuando los gnósticos empiezan a producir decenas de «evangelios», y que la confrontación se da en todo su ímpetu. Para el gnosticismo, en ajustado resumen, el mundo es la creación de un dios malvado –el dios del Viejo Testamento– y los seres humanos son emanaciones del verdadero D's, mucho más poderoso y antiguo, chispas divinas atrapadas en cuerpos corruptibles e irrelevantes. De ahí que el ascetismo marcado y la negación del cuerpo sean aspectos claves del gnosticismo. Es sólo por medio de un conocimiento secreto que se alcanza la verdadera liberación y la reintegración al cosmos y al todo.

El Evangelio de Judas presenta una imagen muy disímil de Judas Iscariote, el discípulo que según la tradición canónica traicionó a Jesús entregándolo a las autoridades. En palabras de National Geographic, este documento nos presenta «una intrigante nueva vi-

sión» de Judas y las razones que tuvo para traicionar a su maestro. El evangelio muestra de hecho a Judas actuando a petición de Jesús, quien debe de liberarse «del cuerpo que me reviste», es decir, deshacerse del cuerpo material para poder trascender a estados superiores, idea ajena al judaísmo del siglo I y sí en cambio netamente gnóstica. Judas es aquí el único de los discípulos que entiende la verdad y a quien Jesús reveló «los misterios del reino». Aunque en el Evangelio de Judas la acción tiene lugar pocos días o pocas horas antes de la crucifixión, parece apreciarse una capa redaccional central en la que precisamente se reproducirían diálogos entre Judas y Jesús resucitado. Mientras en los evangelios sinópticos la predicación de Jesús es eminentemente pública, los gnósticos abundan en secretos y revelaciones. ¿Pero bastan estos criterios sólo de forma, que niegan el fondo, para abjurar de su verosimilitud?

LA SUPUESTA RESURRECCIÓN:  
PIEZA MAESTRA

Si, en efecto, según narra este Evangelio, Iscariote, el gran confidente de Jesús, habría sido separado de los demás discípulos tras la llamada última cena, fue con un objetivo nítido: Jesús le explicaría su misión, la necesidad imperiosa de que pudiese en escena una traición, que, en palabras del propio nazareno «hará tu nombre maldito entre generaciones». El sacrificio de Jesús por



los hom-  
b r e s  
bienamados  
es más bien,  
desde esta  
óptica, el  
sacrificio

de Judas por su mentor. Un mentor a quienes todos sus seguidores llamaron sin excepción «rabbi», un mentor que jamás claudicó de su judaísmo ancestral en sus sermones públicos ni aun en la cruz que justamente le sindicaba como «Rey de los Judíos». Así las cosas, los separatistas, los primeros cristianos, entendieron pronto que si querían extender «la buena nueva» por todo el orbe conocido, debían acumular elementos que los diferenciases de modo sólido del Judaísmo, su tradición y pensamiento. Por más que se empeñaron, en el mensaje de Jesús encontraron a lo sumo una variante, una corriente más dentro del cúmulo que ya formaban parte de una fe judaica sólida

más de manifestaciones poliformes. La resurrección se erigió entre aquellos doctrinarios como la pieza clave: permitía, en un nivel, legitimar la vuelta a la vida dentro de idéntico receptáculo o cuerpo, evento impensable entre los judíos, a la vez que, en un nivel trascendente, acababa por dar visto bueno al carácter divino del «hijo de D's», capaz de regresar de entre los muertos. Esta trama irresistible, que colmaba de esperanza los corazones humanos, logró en pocos siglos una adhesión significativa. Sin embargo, según la opinión que valida el manuscrito de Judas, unos doscientos años tras la muerte de Jesús, Irineo consideraría bien hilvanada la epopeya, salvo por un detalle no menor: si existían cuatro evangelios concordantes, incluso en su estigmatización de Judas, ¿para qué entorpecer una lectura límpida con la irrupción de un capítulo contradictorio, reaccionario? Más aun si, haciendo rodar la cabeza de Judas hasta los infiernos, irredimible, se aprovechaba de salpicar de culpa a la Casa Hebrea, lo que terminaba por alejar la perpetua melancolía por el Arón ha Kodesh y exigía un cisma tajante, que, en adelante, dio pié y sello al volcamiento de sangre judía, borbotones que no han cesado de manar hasta hoy. Si hubo una culpa judía, empero, fue la de afirmar que Mesías sólo podía ser aquel que descendiera de línea directa de la casta de David y fuese un innegable líder político en tiempos de represión romana, atributos que no poseía el Jesús histórico, Jesús Ben Miriam, el judío.

## Silencio + indiferencia = «Permisividad»

Un antiguo axioma dice: «Hay momento de hablar y momento de callar». A la luz de los acontecimientos que vienen sucediéndose en escalada, exhibiendo un inusitado furibundo sentimiento antisemita y antiisraelí por parte del gobierno venezolano, que incluye como Ministro del Interior y jefe de la policía a un terrorista palestino, encabezado y orquestado por su Presidente Hugo Chávez, quien no ha desperdiciado ocasión de demostrar su ¿espontánea? Judeofobia.

Cuando nosotros, judíos de la tercera edad, suponíamos que la Shoá ya no era sino una terrorífica pesadilla más que conforma la trágica historia sufrida por nuestro pueblo, la herida vuelve a sangrar nuevamente ante la impactante, increíble y paulatina reaparición de pequeños grupúsculos de «neonazis».

Luego aparece el execrable Ahmadiyah y su «yihadista» aspira-

ción de «borrar Israel del mapa». Su apoyo a neonazis, a todos los terroristas para ejecutar atentados suicidas indiscriminados en Israel, cuyas fatales consecuencias conocemos. «Su» congreso en Teherán para la negación del Holocausto.

Es el colmo que la ONU le de tribuna a este fervoroso admirador de Hitler (a quien supera en audacia, ya que no teme desafiar a las grandes potencias, infiltrándose en el Caribe y Sudamérica, siendo Chávez su más ferviente émulo y promotor) para despotricar y amenazar a Israel y a los judíos en su irrefrenable fanatismo fundamentalista.

Mientras en su reciente visita a Israel, el Papa Benedicto XVI visitando el Museo Yad Vashem (considerando que este Papa no es muy proclive al judaísmo), dijo: «El antisemitismo es totalmente inaceptable y debe ser combatido donde sea que se encuen-

tre». En otra ocasión dijo: «Debe combatirse a quien niegue el Holocausto, criticando a quienes minimizan el mismo».

En Buenos Aires, Argentina, un grupo de jóvenes neonazis atacó con rifles con balas de goma, bates y cuchillos, gritando sus consignas nazis a varios judíos sobrevivientes de la Shoá que estaban rindiendo un homenaje memorativo a un ex compañero del campo de concentración de Auschwitz. Algunas asistentes resultaron heridas con armas cortantes. Los neonazis fueron repelidos por muchachos judíos de una tnuá. Esta breve síntesis, de lo muchísimo más ocurrido por narrar, me impele a escribir estas reflexiones.

Creo llegado el momento de «gritarlo a todo pulmón». Sin falsos pudores ni la odiosa desidia de la indiferencia. ¡Basta ya de cómplices silencios que tantos padecimientos nos han causado! Ha llegado la hora del escl-

recimiento. En que, tanto los sobrevivientes de ese Holocausto, terrible e inolvidable, como los que lo sufrimos a distancia, que cargamos esta inigualable experiencia, por su atroz inhumanidad. Nosotros los judíos debemos ir, dondequiera que sea necesario, en plan de esclarecimiento, para que todos, judíos y gentiles, se enteren de la autenticidad de todo el horror que representa esta aparente palabra neutra, en un claro mentís a todos quienes, junto a sus acólitos, pretenden negar lo innegable, la masacre de seis millones de nuestros hermanos, volatilizados, como si jamás hubiesen nacido.

Nosotros no podemos olvidar. Es en virtud de nuestra larga memoria que sobrevivimos a todas las persecuciones.

Mientras nosotros recordemos, vivirán ellos. Porque son parte de nosotros, porque los recordaremos. Ellos trascenderán de generación en generación.

Isidoro Brodsky C.